

el prejuicio en la niñez

ALGUNAS PISTAS PARA ENTENDERLO Y MITIGARLO

ILEANA ENESCO Y SILVIA GUERRERO

Universidad Complutense de Madrid

Universidad de Castilla-La Mancha

ienesco@psi.ucm.es

silvia.guerrero@uclm.es

En cualquier parte del mundo, los niños pueden verse afectados por la discriminación debido a su género, raza, lengua, cultura u otras características como la discapacidad o la obesidad. El sufrimiento que produce sentirse excluido y discriminado puede tener efectos a largo plazo en el desarrollo del niño en aspectos tan básicos como su autoestima y su motivación de logro, mermando seriamente sus oportunidades futuras.

Sabemos que una de las causas de la discriminación social son los prejuicios, y que estos surgen durante la niñez y pueden evolucionar de forma diferente dependiendo de diversos factores. La investigación con niños y adolescentes ha aportado información muy valiosa sobre los factores cognitivos y sociales que influyen en la aparición de los prejuicios y su desarrollo en los años posteriores. En este artículo abordamos algunos de estos aspectos.

¿QUÉ NOS DICE LA INVESTIGACIÓN SOBRE EL DESARROLLO DEL PREJUICIO ÉTNICO-RACIAL?

Para entender cómo surge el prejuicio, es necesario conocer sus antecedentes evolutivos, por lo que empezaremos describiendo lo que ocurre durante la niñez temprana, cuando se forman las primeras categorías sociales.

Durante el primer año, los bebés desarrollan la capacidad de identificar y reconocer los rasgos físicos y conductuales de las personas de su entorno. Algunas de esas categorías son universales, como el género o la edad (*hombre o mujer, pequeño o mayor...*), otras dependen del contexto en el que vive el niño. Los rasgos asociados a distintas razas (color de piel y fisonomía) tienen especial relevancia en países de composición multiétnica, como los Estados Unidos, mientras que no la tienen en sociedades étnicamente homogéneas. España ha sido un buen ejemplo de estas últimas hasta aproximadamente mediados los años 1990. Actualmente, la realidad social ha cambiado mucho: los niños españoles tienen contacto con personas de distinto origen étnico o nacional y muchas escuelas públicas son hoy centros verdaderamente multiculturales. Por tanto, en la sociedad española, la diversidad física racial se ha convertido en un criterio relevante en la categorización social.

El prejuicio se puede definir como el juicio sobre algo o alguien que se ha formado antes de conocerlo o de tener experiencia. Todo prejuicio se basa en estereotipos sociales que consisten en generalizar ciertos rasgos a todos los miembros de un grupo.

psicología del desarrollo ▾



Las autoras, en el reciente homenaje a Juan Delval.

Los estudios evolutivos con niños españoles del grupo mayoritario indican que empiezan a desarrollar esas categorías durante la Escuela Infantil. Hacia los tres años, no dispone aún de vocabulario para etiquetar las diferencias raciales y no suelen entender el significado de términos convencionales como “blanco” y “negro” que, para el niño, definen el color de objetos, pero no a las personas¹. Pero entre los 4 y 5 años, ya empiezan a comprender y usar ocasionalmente algunos vocablos (“blanco”, “negro”, “chino”) como categorías raciales.

Es importante señalar que éste como cualquier proceso de categorización social cumple ciertas funciones básicas. Por un lado, simplifica la compleja y diversa realidad pues, al categorizar, atribuimos rasgos comunes a todos los miembros de un grupo (p. ej., a todas las niñas les gustan las muñecas...); por otro, sirve para la diferenciación social, es decir, para sentir que pertenecemos a un grupo, identificarnos con él y, a la vez, distinguirnos de otros. No hay pues nada negativo ni patológico en estos procesos básicos, ni se puede hablar aún de prejuicio. Como muestran los estudios y la observación de niños de Escuela Infantil, a estas edades se relacionan entre sí independientemente de su etnia y aunque en ciertas circunstancias pueden expresar su preferencia por alguien de su propio grupo, no rechazan ni sienten hostilidad hacia niños de otros grupos.

Sin embargo, estas categorías son la base de los futuros sesgos o prejuicios. A partir del momento en que los niños disponen de los vocablos que definen a distintos grupos, incorporan muy rápidamente la información que circula en su entorno sobre esos y otros grupos socialmente significativos. Esa información está organizada normalmente bajo la forma de estereotipos y, hacia los 7 años, los niños han adquirido ya un amplio conocimiento de ellos.

En numerosos estudios, tanto en España como en otros países², se ha encontrado que el prejuicio étnico-racial suele alcanzar su expresión más ruda en la niñez intermedia. En España, por ejemplo, los niños de 7-8 años conocen varios de los estereotipos negativos asociados a minorías étnicas como los gitanos, latinoamericanos o subsaharianos, y les atribuyen esos rasgos de forma rígida (los latinos son borrachos, los gitanos ladrones, etcétera). Al tiempo, cuando describen a los españoles lo hacen con adjetivos positivos (*trabajadores, simpáticos, honestos*) o con una valoración claramente superior a la que merece el resto de grupos³. Lamentablemente, estos prejuicios se observan también entre los niños que

¹ Algunos niños de 3 a 4 años empiezan a entender que “negro” se aplica a cierto grupo de personas, pero sin conocer su significado completo. Por ejemplo, a veces cometen errores tales como llamar “negra” a una persona de rasgos asiáticos, como si este término representara a todas las personas que difieren físicamente del prototipo de su propio grupo. En ocasiones muestran no tener conciencia de que una amiguita del aula es *negra*, y se sorprenden cuando lo “descubren”.

² KILLEN, M., y RUTLAND, A. (2011). *Children and social exclusion. Morality, prejudice and group identity*. Wiley-Blackwell.

³ ENESCO, I.; NAVARRO, A.; PARADELA, I., y GUERRERO, S. (2005). «Stereotypes and beliefs about different ethnic groups in Spain. A study with Spanish and Latin-American children living in Madrid». En *Journal of Applied Developmental Psychology*, 26 (6), pp. 638-659. También en el texto que citamos al final de este artículo.

Caminando juntos

1. ¿Es necesario que el niño conozca las etiquetas con las que se designan a los diferentes grupos raciales para que manifieste prejuicio hacia esos grupos? ¿Y que conozca a qué grupo racial pertenece?
2. ¿A qué puede deberse que los niños de grupos minoritarios compartan los estereotipos negativos que circulan en la sociedad sobre ellos?

pertenecen a alguna de las minorías denostadas, como hemos observado en nuestros estudios con escolares latinoamericanos que viven en España. Estos pequeños no sólo conocen sino que comparten los estereotipos negativos que se atribuyen a su grupo, minusvaloran su identidad y prefieren *parecerse* a sus iguales españoles que a los de su propio grupo, lo cual los hace muy vulnerables como minoría desfavorecida⁴.

LAS CARACTERÍSTICAS DEL PREJUICIO INFANTIL

Recordemos que el prejuicio no es la preferencia o el apego al propio grupo ni la necesidad de diferenciación social, sino la atribución de rasgos negativos a una persona por el mero hecho de pertenecer a un grupo. Pese a que los niños de siete años suelen hacer estas atribuciones de manera rígida, la naturaleza del prejuicio infantil es muy diferente de la del prejuicio adulto por varias razones.

Características del prejuicio infantil

1. Las limitaciones sociocognitivas responsables de la rigidez de los estereotipos se superan con el desarrollo.
2. No hay conciencia de los propios sesgos o estereotipos.
3. Desconocen las implicaciones sociales del prejuicio.

1. Los niños tienen limitaciones sociocognitivas que son responsables de la rigidez de sus estereotipos y que suelen superarse con el desarrollo

Las primeras categorías del niño son rígidas y esencialistas porque eso le ayuda a moverse por una realidad muy compleja. En el caso del mundo social, tiene dificultad para ir más allá de las categorías sociales recién aprendidas y le cuesta percibir lo que hay en común entre personas de distintos grupos porque tiene poca capacidad de pensar flexiblemente y *recategorizar* a las personas con otros criterios (p. ej., más allá del color piel, “es una niña como yo”, “va a danza como yo”, etcétera). Al mismo tiempo, su adhesión a las convenciones es muy fuerte y eso le lleva a aplicarlas de forma inflexible, como se

⁴ Hemos encontrado resultados similares en varios estudios con niños latinoamericanos. Esto debe alertarnos de que la integración de los niños inmigrantes en la sociedad española se está produciendo con importantes desajustes emocionales en ellos.

observa en los estereotipos de género que, en la niñez intermedia, son más rígidos que en años posteriores. Sin embargo, la mayoría de los niños superan estas limitaciones a medida que se acercan a la preadolescencia y desarrollan estrategias más flexibles de interpretar la información social.

El esencialismo consiste en pensar que todos los miembros de una categoría tienen algunos atributos o “esencias” subyacentes que son fijas: no cambian ni con el tiempo ni con las circunstancias. Pensar que las mujeres son “cuidadoras” por naturaleza es un ejemplo de esencialismo psicológico.

2. Los niños no tienen conciencia de sus propios sesgos o estereotipos

Los niños no pueden distinguir entre los estereotipos socialmente compartidos y sus propias creencias, ni se dan cuenta de que las creencias y la realidad son planos diferentes. Cuando preguntamos a niños de 6-7 años sobre los estereotipos acerca de gitanos, negros o españoles, rara vez se plantean dudas sobre su veracidad ni se preguntan si se podría pensar de otra manera acerca de ellos. Estas habilidades suelen surgir en la niñez avanzada o preadolescencia, al tomar conciencia de los mensajes contradictorios de la sociedad y de la propia naturaleza de los estereotipos. Por ejemplo, cuando el preadolescente dice explícitamente que “ni todos los gitanos son vagos ni todos los españoles son trabajadores...”, o “habrá algunos que sean así, pero no todos y hasta que no lo conozcas...”, nos muestra una nueva perspectiva de la realidad social: comprende que los estereotipos son sobregeneralizaciones a todo un grupo y, por tanto, no se pueden atribuir a una persona sin conocerla.

3. Los niños desconocen las implicaciones sociales del prejuicio

Las divisiones étnicas, raciales, económicas o de cualquier otro tipo tienen consecuencias muy importantes en la estructura social. Pertenecer a una minoría denotada o al grupo dominante normalmente determina las oportunidades de vida y la posición del individuo en la sociedad. Los niños no comprenden esta dimensión social del prejuicio. Aunque desde muy pronto pueden sentir empatía por el sufrimiento de otros y, en la Escuela Infantil, reaccionan emocionalmente ante la experiencia de ser apartado del grupo, no pueden concebir las consecuencias sociales (y no puramente personales) de la exclusión y la discriminación. Como puede suponerse, tal comprensión es tardía y requiere habilidades que se desarrollan en la adolescencia (entre otras cosas, comprender que las relaciones humanas están mediadas por el lugar que ocupa cada uno en la estructura social).

Los avances intelectuales del final de la niñez propician la flexibilidad cognitiva necesaria para la disminución del prejuicio, pero es evidente que los factores cognitivos son sólo una condición necesaria pero no suficiente. Si el entorno no lo favorece, será difícil que el niño desarrolle los valores de tolerancia, igualdad y respeto a la diversidad y las emociones adecuadas para combatir el prejuicio que conduce a la exclusión social. La escuela,

lógicamente, no es el único nivel en el que debe intervenir para alcanzar estos objetivos, pero puesto que las actitudes se forman durante la niñez y es en la escuela donde los niños tienen más oportunidades de interactuar con otros, es un ámbito óptimo para trabajar estos contenidos.

EN LA ESCUELA

Actualmente contamos con resultados de numerosas investigaciones sobre distintas formas de intervención en las aulas escolares⁵. Se ha visto así que algunas tienen efectos reducidos o nulos mientras que otras son de amplio alcance. Recogemos, a continuación, algunas propuestas que pueden servir a los maestros y padres sensibles al problema del prejuicio.

1. Los padres y maestros deben tomar conciencia de sus propios sesgos

Los educadores pueden no ser conscientes de las prácticas sociales que ponen en juego en su interacción con niños de minorías étnicas. Por ejemplo, aunque pocos profesores creen explícitamente en la supremacía de la cultura mayoritaria, muchos emplean prácticas escolares que implícitamente enfatizan las diferencias entre la cultura dominante y las minoritarias. Así, pueden atribuir los déficits escolares que presentan a menudo los niños inmigrantes a déficits de su cultura y no a la falta de experiencias necesarias para alcanzar las metas de la escolaridad. Esas “lagunas” de experiencia pueden deberse a un dominio limitado de la lengua del país de acogida, a un hogar en el que los recursos culturales son escasos y en el que los niños han tenido poca o ninguna oportunidad de practicar habilidades que son propias de la cultura mayoritaria (p. ej., piénsese en las diferencias en recursos didácticos en los hogares, como libros y juegos que favorecen el desarrollo de habilidades de lecto-escritura, aritméticas o espaciales). Atribuir el retraso escolar a la cultura del niño y no a sus condiciones familiares es una forma de prejuicio.

2. Hablar abiertamente de las diferencias raciales y culturales

Es esencial que los niños vivan el aula como un espacio abierto y seguro para hablar de temas considerados “tabú”, como las diferencias raciales, la discapacidad o la obesidad. Los programas de intervención que se han desarrollado en esta línea son los que han resultado más efectivos en la reducción del prejuicio. Uno de sus objetivos es enseñar a los niños a analizar los mensajes sutiles que se transmiten en los medios, el propio lenguaje que usamos al hablar de distintos grupos humanos, y lo que significa sobregeneralizar atributos a todo un grupo. El punto de partida ha de ser hablar sobre lo que interesa o preocupa al niño.

Cuando los niños empiezan a percibir las diferencias entre personas pueden preguntar abiertamente “¿por qué tiene la piel oscura...?”, o “¿por qué llevas muletas...?”.

⁵ ABOUD, F., y AMATO, M. (2001). «Developmental and socialization influences on intergroup bias». En R. Brown y S. Gaertner (eds.), *Blackwell Handbook of Social Psychology: Intergroup relations*. Oxford: Blackwell Pub, pp. 65-85.

Ágora de profesores

1. En la escuela:
 - Tomar conciencia de los propios sesgos.
 - Hablar de las diferencias entre grupos.
 - Educar en la tolerancia con el ejemplo.
 - Hablar de los problemas cotidianos.
 - El prejuicio no se reduce sólo con información sobre las distintas culturas.
2. Numerosos trabajos de investigación muestran que el nivel de prejuicio racial y las actitudes que expresan padres e hijos, normalmente no coincide. ¿Podría explicar este resultado desde la perspectiva que defiende que el prejuicio infantil no es un mero reflejo social?

Si los adultos se sienten incómodos con esas preguntas y tratan de evitarlas o contestar con generalidades bien-intencionadas (“no hay que fijarse en eso, todos somos iguales”), los niños captan que la pregunta es incómoda y pueden inferir que “tener la piel oscura” o “llevar muletas” es algo malo, que la diferencia es negativa. Los propios niños se pueden sentir mal cuando otros niños les preguntan por su color de piel o su discapacidad, pero si los adultos acallan estas preguntas y regañan, la sensación de los niños es que se trata de algo realmente malo. Debemos aceptar esas preguntas como algo necesario, producto de la curiosidad intelectual del niño que está aprendiendo cómo es el mundo social. Repetir el mensaje “todos somos iguales” es inútil y es preferible reconocer las distintas maneras en que los humanos somos diferentes. Esta es la base adecuada para, luego, reflexionar sobre lo que es común, universal a todos los humanos.

En ocasiones, los niños usan la diferencia de otro niño (su piel, lengua, aspecto, etcétera) para dañarlo, expresando un prejuicio. Si el adulto reacciona diciendo “no digas eso...” o peor “pídele perdón”, está confirmando al niño su prejuicio. La pregunta adecuada debería ser “¿por qué piensas que ella/él es así?”, buscando las raíces de ese comentario o acción para que el niño tome conciencia de su propia creencia. Es mejor destacar y reforzar una conducta positiva hacia los otros que censurar o castigar una negativa.

3. *La mayor parte de la educación para la tolerancia se consigue mediante el ejemplo*

Hablar al niño sobre el respeto a la diferencia es necesario pero no suficiente. La forma en que actuemos con los demás será la lección que mejor aprendan. Es tan sencillo como el ejemplo del padre que le grita al niño “¡no chilles!”, o que alecciona a su hija sobre el respeto pero no deja de insultar cuando conduce. Estas contradicciones flagrantes no pasan desapercibidas para los niños y lo que aprenden son los modelos de conducta, no los discursos. Otras formas más sutiles de contradicción también son advertidas por los niños. Un adulto que mira con desconfianza hacia un grupo de gitanos está dando el mensaje al niño de que esas personas no son de fiar.

4. *Es más útil hablar sobre lo que ocurre en la vida cotidiana que de teorías abstractas*

Diariamente, los escolares tienen múltiples experiencias que pueden ser objeto de discusión en el aula: desde programas o series de televisión, alguna noticia destacada que los niños puedan entender, hasta hechos que hayan ocurrido en la escuela o fuera de ella y que han podido repercutir en alguno de sus miembros. Nociones abstractas como “justicia” o “igualdad”, o fórmulas tan repetidas en la escuela como “hay que compartir”, se quedan en la periferia de la comprensión del niño. Las puede adoptar como frases hechas, pero no por ello comprende lo que significan. A cambio de ello, se debe favorecer la empatía natural del niño explicándole cómo se siente el otro cuando es excluido o se le impide jugar. Ponerse en el lugar de otros es difícil para los pequeños, pero lo lograrán antes si se les ofrecen oportunidades sencillas de hacerlo. Un aspecto nuclear de las conductas prejuiciosas del adulto es precisamente la falta de sensibilidad ante el sufrimiento ajeno; por ello es importante fomentar las emociones positivas hacia el que padece.

5. *Los programas centrados en “combatir la ignorancia” sobre otros grupos humanos son insuficientes para reducir los prejuicios*

Muchos programas de intervención se basan en textos y medios audiovisuales con contenidos multiculturales que describen las tradiciones y formas de vida de otros grupos. De forma implícita, estos contenidos se presentan a menudo como algo anecdótico o incluso “exótico”, lo cual puede reforzar la impresión de que se trata de culturas no sólo distintas sino también inferiores. Los educadores deben tener presente este riesgo, además de su papel como mediadores para que estos contenidos se adecuen a las características evolutivas de los alumnos y favorezcan la comprensión de las diferencias y semejanzas entre culturas.

Con todo, es importante saber que el prejuicio no depende sólo de las actitudes de los adultos, ni es un mero reflejo social. Si así fuera, cuanto mayor es el niño más prejuicioso sería al haber estado más tiempo expuesto a los estereotipos sociales. Y si el prejuicio dependiera sólo de las actitudes de los adultos, ciertas prácticas educativas deberían conseguir la eliminación del prejuicio o evitar su aparición. Pero la evolución del prejuicio es bastante más compleja y las ideas de los niños no coinciden necesariamente con las de sus padres, los prejuicios surgen con relativa independencia de las experiencias particulares, y su reducción es una tarea que requiere intervención en muy distintos niveles. Aquí hemos aportado unas ideas muy básicas de lo que puede contribuir la escuela en dicha tarea. ■

Para saber más

- ENESCO, I.; GUERRERO, S.; SOLBES, I.; LAGO, O., y RODRÍGUEZ, P. (2009). «El prejuicio étnico: una revisión de estudios evolutivos en España». En *Cultura y Educación*, 21, 4, pp. 497-515.